

INDIA. — NOTICIA HISTÓRICA

No puede pretenderse la menor precisión en la historia hinda anteriormente á la época en que los Griegos de Alejandro atravesaron el Indo. Se coloca, pues, muy vagamente treinta siglos antes que nosotros el descenso de los Arios del Penjab y cinco ó seiscientos años después la formación de reinos en la llanura del Gangá.

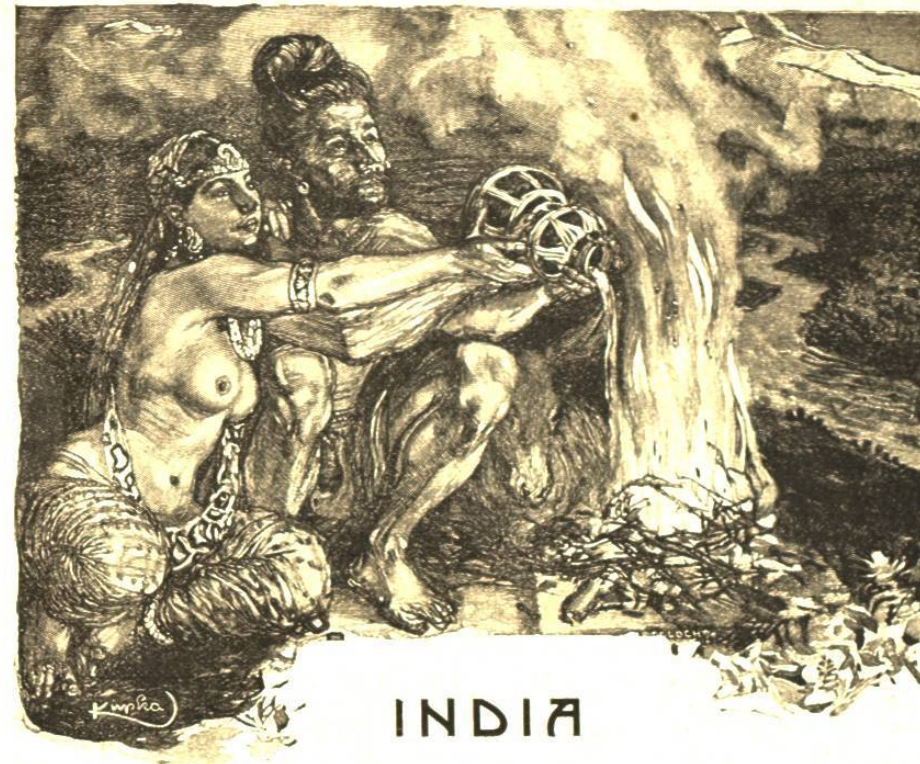
El Rig-veda fué compuesto en parte sobre la meseta irania; el Ramayana se recitaba, supónese, desde el siglo VIII antes de Jesucristo, en tanto que los otros tres Vedas (Sama, Yajus, Atharva), el Mahabharata y las leyes de Manu no se fijaron hasta más tarde, quizá en los primeros siglos de la era vulgar.

La fecha de la muerte de Buddha (Gautama, Siddarta, Çakya-Muni) se fija por unos en 543 del antiguo cómputo, — esa es la cifra adoptada para el principio de la era del Nirvana, — por otros entre los años — 482 y — 472.

Alejandro reside en el país de los Cinco ríos desde — 327 á — 325. Cincuenta años después, Açoka-Payadasi reina en Taxila; fué, antes de la época de los imperios mongoles, el único príncipe cuyo reino se extiende desde las orillas del Iaxartes hasta las costas de Ceylán.

Sin detenernos en la historia de los pequeños principados que se reparten después la India, citemos solamente algunas individualidades pacíficas:

SCYLAX DE CARYANDA, viajero	principio del v siglo antes de la era vulgar.
CTESIAS, viajero	— — IV — — —
PANINI, gramático	medio — IV — — —
MEGASTHENES, embajador	fin — IV — — —
KALIDASA, autor de <i>Sakountala</i> y otros poemas, á 300 años próximamente .	III — — —



INDIA

El solo nombre de la India basta para evocar todo un mundo de prodigios.

CAPÍTULO XII

INDIA É INDIAS. — CEYLÁN. — PRIMEROS HABITANTES.
 LLEGADA DE LOS ARIOS. — PAÍS DE LOS CINCO RÍOS. — CANTOS VÉDICOS.
 BRAHMANISMO. — VÍAS Y BARRERAS.
 CASTAS. — APARICIÓN Y ABSORCIÓN DEL BUDDHISMO.
 EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO. — GRIEGOS EN ASIA.
 COMUNICACIONES MARÍTIMAS. — EXPANSIÓN TRIUNFAL DEL BUDDHISMO.

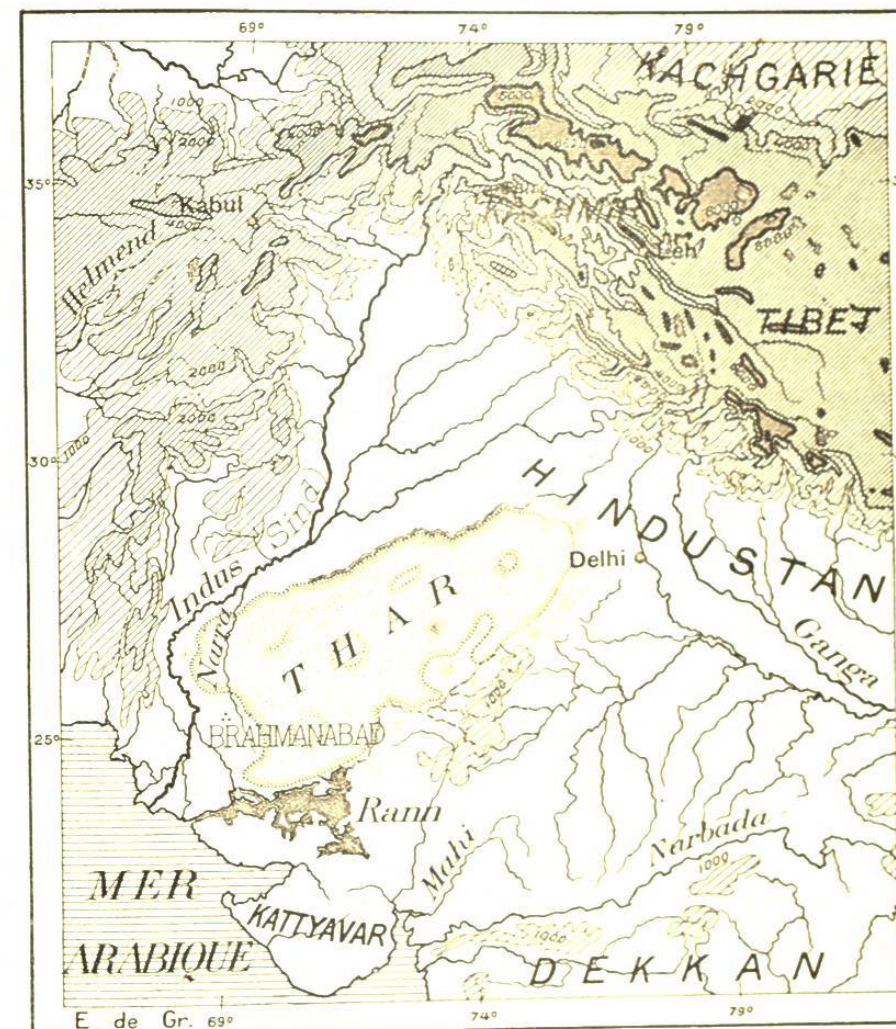
EL nombre geográfico «India» ha cambiado singularmente de valor durante todo el período histórico. Primeramente no fué más que la denominación del río Sindhu — Hindu, — el Indo de nuestros días, que se aplicaba por extensión á las comarcas que riega esa poderosa corriente de agua; después, por aproximación y contacto á todas las tierras que se extienden al lado opuesto

hasta las costas del Océano Pacífico y á todas las islas esparcidas á lo lejos. Y ocurrió que hasta dos ó tres mil años después de haberse establecido comunicaciones directas entre las costas del Mediterráneo y las bocas del Indo, las palabras «India» é «Indios» se aplicaron á las islas, á los continentes y á los habitantes del Nuevo Mundo descubierto por los Españoles. De ese modo, todas las regiones situadas fuera de las partes de la Tierra conocidas por los antiguos Griegos fueron consideradas como «Indias», orientales y occidentales, continentales é insulares. La singular fortuna de este nombre geográfico que, bajo su forma primitiva, Sind, no designa más que el país del delta y un torrente, afluente del Djelam en la parte inferior de Srinagar, atestigua, más que ningún otro hecho, el sentimiento de admiración que provocaron entre los Occidentales los productos traídos del otro lado del Immaus, y el respeto misterioso que rodeó á los que traían el idioma y la civilización arios, establecidos, en los orígenes de la historia escrita, en las riberas del gran río.

La India, en su sentido restringido, se nos presenta de una manera perfectamente determinada y en un conjunto de bellísima unidad. Es una «expresión geográfica», como en otro tiempo lo fué Italia: la mar al Sud, y, al Norte, un prodigioso anfiteatro de cumbres, desplegándose desde el mar de Arabia hasta el golfo de Bengala; destacándola claramente del resto de Asia, hacen de ella una individualidad distinta de una extensión grandísima, cerca de cuatro millones de kilómetros cuadrados, si se le abarca en sus grandes contornos, sin tener en cuenta sitios precisos donde hayan de pasar los límites naturales y las regiones limítrofes ó insulares que han de considerarse como de su dependencia. El todo afecta una forma casi regular, compuesta de dos triángulos reunidos por su base, uno, el del Norte, que presenta su punta obtusa hacia los manantiales del Indo, entre los montes del Afghanistan y los de Kachmir; el otro, el del Sud, que dirige su promontorio agudo á las aguas del Océano Indico. Estos dos triángulos yuxtapuestos, bajo el aspecto de una gigantesca raya, corresponden exactamente á dos regiones naturales bien delimitadas. El triángulo septentrional está constituido por las dos cuencas del Indus y del Ganges de las grandes llanuras aluviales; es la región que, bajo la dominación del gran Mongol,

fué especialmente designada por el nombre de Hindostán. El triángulo meridional es una extensa meseta, el Dekkan, que limitan al

N.º 228. India primitiva.



Norte casi geoméricamente la arista del Satpura y sus prolongaciones, al sud del río Narvada. La isla de Ceylán forma parte evidentemente de la India meridional, á la que le une una cadena de arrecifes, restos de un istmo antiguo. Asimismo, las cadenas de islas

que se continúan desde las Laquedivas á las Maldivas y á los bancos de Tchagos aparecen sobre un mapa de las profundidades marinas como un apéndice natural de la península hinda.

Entre las dos regiones tan distintas del Norte y del Sud, todo contrasta claramente, aspecto del suelo, geología, etnología é historia, y el mismo encadenamiento de las cosas induce á tratarlas separadamente.

Es probable que la India meridional, en las épocas prehistóricas, tuviese las poblaciones más activas y más adelantadas en cultura, gracias á sus puertos naturales, á las islas que dan variedad á sus contornos, á las facilidades de navegación que desde los tiempos más remotos le ponían en relación con los insulares de los archipiélagos malayos y con los indígenas de las costas árabes y africanas. La alternancia de los monzones, que regula de antemano el vaivén del comercio, invitaba á los ribereños del mar de las Indias á los descubrimientos lejanos, á las visitas de pueblo á pueblo y á los cambios regulares de productos y mercancías. El ritmo de los vientos y de las corrientes marinas medía las idas y venidas de los traficantes, prometiendo á las tripulaciones la vuelta á la patria después de cierto número de semanas ó de meses; para ello bastaba dejarse llevar por las olas, calculando cada día las probabilidades del viaje. Ese fenómeno regular del cambio de los vientos, debió de ser el mejor conocido por todos los habitantes del litoral desde las primeras edades humanas: su género de vida, sus costumbres, sus movimientos y hasta sus actos dependían de él. Un hecho tan dominador como el de las «estaciones» ó monzones sucesivos, cada uno con su corriente atmosférica distinta, no podía escapar á la observación de ninguno de aquellos que vivían conforme á ese ritmo de la Naturaleza, y el descubrimiento de Hippale, relativo á la libre navegación de fuera bajo el soplo de los monzones alternantes, no fué un descubrimiento más que para los Griegos, habituados á los viajes en el Mediterráneo, recorrido por vientos en apariencia caprichosos.

¡Cuán admirables debieron parecer á los Árabes y á los Somalis venidos de tierras áridas, limitrofes del desierto, aquellas hermosas riberas del Konkan y del Malabar, con sus blancas ciudades entrevistas á través de la frondosidad de los mangleés y bajo las extendidas palmeras! Así referían sus maravillas con entusiasmo. Gracias á ellos,



VALLE DEL SIND, AFLUENTE DEL DJELAM, CERCA DE SRINAGAR

De una fotografía comunicada por la Sra. Massieu.

el nombre solo de India bastaba para evocar en el ánimo de sus oyentes todo un mundo de prodigios; entre los Occidentales esa palabra era sinónima de los tesoros infinitos procedentes de la Naturaleza y del arte: oro, perlas, marfiles, diamantes, ricos adornos de plumas y conchas, telas finas de algodón, de lana y de seda. Además, se atribuía á los magos de la India el poder de crear, por sus encantamientos, riquezas todavía más admirables. Entonces tenía la península india toda la grandeza y la poesía que el misterio añade á una realidad espléndida: todo lo que se sabía y todo lo que se imaginaba de la admirable comarca entretenía prestigiosas narraciones, y las fábulas aumentaban al infinito los prodigios referidos de pueblo en pueblo sobre los caminos de la historia; parecía que la India fuese un inmenso paraíso.

Más admirables aún que la península, debían aparecer á los marinos las islas del Sud, que son su dependencia natural, de un lado

las Maldivas, de otro la tierra de Ceylán. En muchos otros puntos de los mares tropicales se elevan islas coralígenas, formadas, como las Maldivas, de anillos de coral blanco que sobresalen de las aguas profundas y contienen en su interior un lago circular de agua tranquila; pero en ninguna parte esos atolls ó islas circulares se suceden en tan gran número y con tan constante regularidad. Los diecinueve archipiélagos, que ocupan ocho grados de latitud de Norte á Sud, forman juntos un anillo prolongado, y cada uno de ellos desarrolla por sí mismo sus tierras en anillos redondos ú ovaes, compuestos de islas ó islotes igualmente anulares: el mismo tipo de atoll se reproduce al infinito. «Doce mil», tal es el número de islas de que el sultán de las Maldivas se atribuye orgullosamente la posesión; pero los marinos, que las han contado, hallan muchas más todavía, cuarenta mil á lo menos, construídas todas del mismo modo que los políperos y elevando uniformemente su cintura de arrecifes á dos metros sobre el nivel del mar: en todas partes los mismos cocoteros se inclinan sobre la línea infinita de las rompientes, y las mismas conchas rellenan las anfractuosidades de la roca calcárea y cubren las arenas de la orilla. Temíanse aquellas islas que surgen bruscamente del abismo oceánico, pero desde hace miles de años, mucho antes que el oro y la plata sirvieran de medio de cambio, los marinos venían á recoger sobre las playas de las Maldivas las blancas porcelanas ó *cauri*, que fueron la moneda universal sobre todas las costas del mar de las Indias y que, recientemente todavía, la moneda complementaria indispensable sobre los mercados del Africa, hasta en las cuencas del Níger y del Senegal.

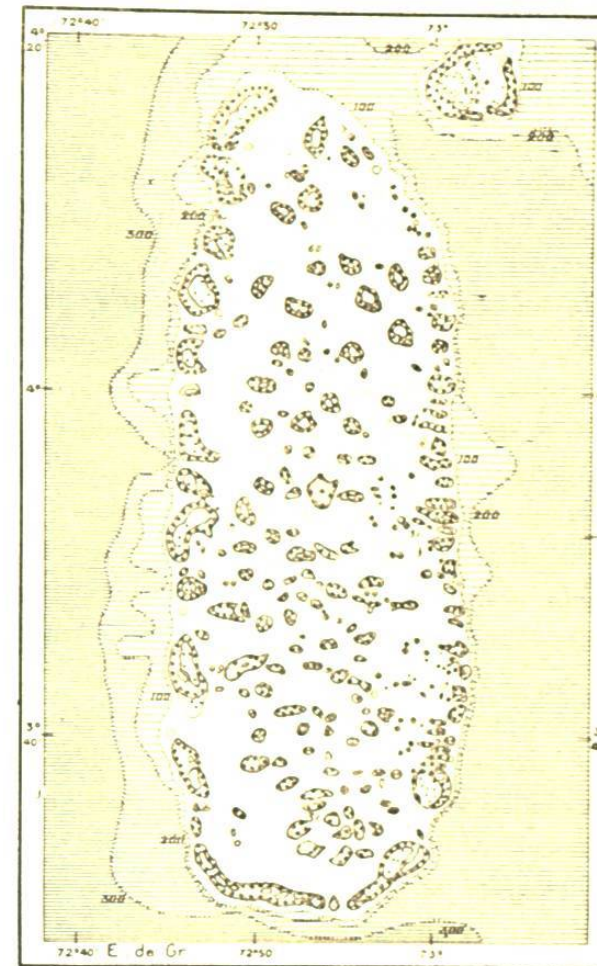
Ceylán, la gran isla que, á lo menos en apariencia, está separada del continente, le resume por la belleza de sus formas: es una segunda India, ya bastante extensa, pero presentando en pequeño todos los esplendores de la tierra vecina. El imponente macizo de montañas que le domina al Sud semeja á los grupos de montes casi insulares del mediodía de la península; pero ha llegado á ser con mucho el más famoso, gracias á una de sus cumbres, no la más elevada, que tiene sobre la redondez de la cima, en medio de los ramilletes de altos rododendrons, la huella de un pie, el de Adán, el primer hombre, dicen los cristianos y los mahometanos; el de Budha ó de

un dios, piensan las gentes de los antiguos cultos, y no sólo entre los devotos, sino también entre los adoradores de la fortuna se ha hecho célebre aquella altura á causa de su riqueza en piedras preciosas, granates, zafiros, topacios y rubíes;

al sud de la montaña, la playa ondulada de Ratnapura ó «Ciudad de los Rubíes» está formada del polvo de las gemmas rotas por las olas. Hacia el norte de la isla, en la colina á cuyo pie se extendía la ciudad capital de Anaradja-pura, existía en otro tiempo un templo, dice la leyenda, que terminaba por un carbunco color de fuego que iluminaba el espacio como un faro. Otras narraciones nos hablan de un prodigioso imán hacia el cual eran atraídos los barcos por fuerza á través de las olas del Océano: este imán es la isla misma, la admirable tierra de los cristales y de las perlas.

Pero la belleza de Ceylán consiste principalmente en su vegetación maravillosa, comparable á la de Java y de Borneo. Uno de los sitios más admirables y más admirados del mundo es el jardín fron-

N.º 229. Ari, Atoll de las Maldivas.



Las cifras indican las profundidades en metros.

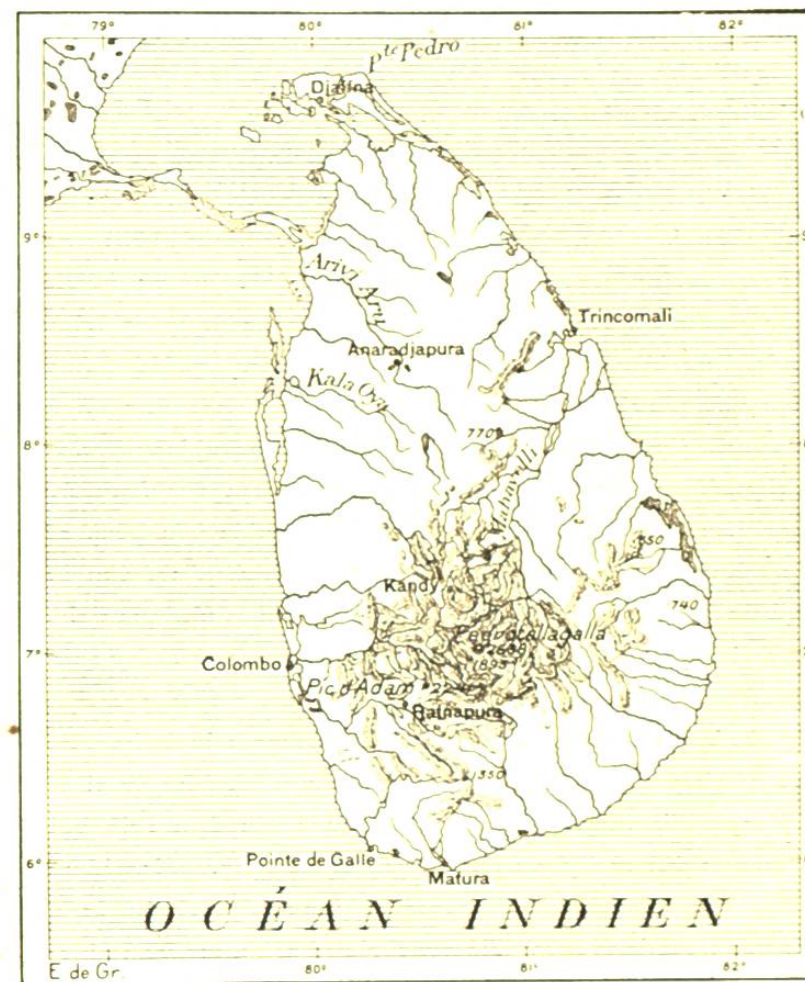
doso de 200 kilómetros de longitud que se despliega sobre la curva sud-occidental de la isla entre Colombo, la capital, y Matura, la ciudad situada á la extremidad terminal de Ceylán. Miles de cocoteros elevan su ramaje sobre bajas plantas aromáticas y floridas; otros palmerales contrastan con los cocoteros, entremezclando sus hojas, y entre ellos el maravilloso talipot (*Corypha umbraculifera*), cuya flor, admirada de todos, suele desarrollar á los cincuenta años de existencia de la planta, su estipe de diez á doce metros de longitud con millones de florecillas. ¡Y cuántas otras flores no menos bellas! ¡Cuántas ramas, bejucos y enredaderas entrelazadas, á través de las cuales se ven las azuladas vertientes de las montañas! ¡Cuántas frutas deliciosas inclinan el ramaje de los árboles, ofreciendo el sustento á los hombres vestidos de ropas talaras, que se pasean con lentitud por las arboledas, conversando graciosamente! La Naturaleza es allí admirablemente bella y los hombres que habitan aquel país parecen imitarle. «Ninguna comarca del mundo da impresión más profunda de la felicidad»¹, y ninguna, como lo atestiguan las leyendas antiguas, ejerció mayor atracción sobre los visitantes extranjeros. He ahí por qué, desde la más remota antigüedad, adquirió la isla de Ceylán una importancia de primer orden: la población era de una densidad extrema, como lo atestiguan las prodigiosas ruinas de las ciudades actualmente cubiertas por la maleza.

En la imaginación de los pueblos lejanos, deslumbrados por las relaciones que se les hacía de la maravillosa tierra, la isla de Taprobana ó Tamraparni, «Resplandeciente como el cobre», era ampliificada de una manera desmesurada. Se la consideraba como diez ó veinte veces mayor de lo que es en realidad: el mapa de Claudio Ptolomeo la presenta tal como se la imaginaba; era la India por excelencia. ¿Fué un centro de emigración? Indudablemente, puesto que toda civilización produce una irradiación de fuerza. Un autor, A. de Paniagua, trata de probar en los *Tiempos heroicos*, que la Dravidia, comprendido Ceylán, fué, por sus mercaderes pacíficos, la gran educadora del mundo, hasta en la Europa occidental, en una época anterior á la invasión aria.

¹ Ernest Haeckel, *Lettres d'un Voyageur dans l'Inde*, Paris, 1884.

Por famosa que fuese en las leyendas y narraciones de viajes, en las épocas lejanas de la protohistoria era una rara aventura haber podido visitar la isla «resplandeciente». Los viajes se hacían con lentitud y los accidentes de todas clases les interrumpían con fre-

N.º 230. Isla de Ceylán.



cuencia: el mercader que veía perderse á lo lejos las playas de su país apenas sentía en el fondo de su corazón más que una vaga esperanza de volver á verlas. Varaduras sobre los arrecifes; largas estancias sobre bancos de arena donde el náufrago sólo se alimen-

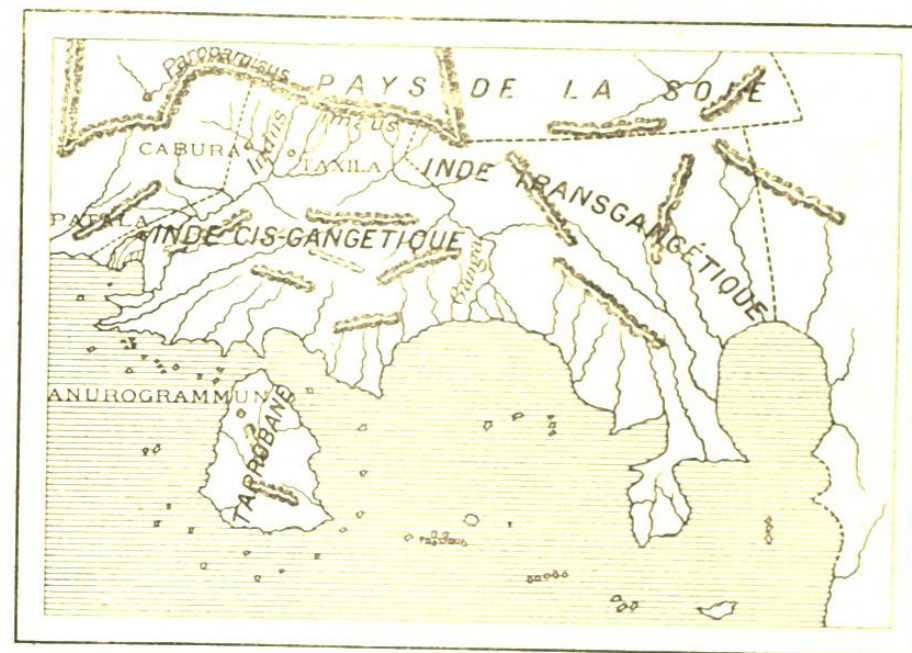
taba de cangrejos, conchas y algún fruto casualmente traído por las olas; abordaje en países desconocidos poblados por antropófagos, largos cautiverios, tormentos, sufrimiento de todas las miserias, práctica de todos los oficios, batallas con piratas ó marineros enemigos, alternaban con los hallazgos felices, con los sucesos extraordinariamente afortunados y los deslumbradores espectáculos de los mundos lejanos: de ahí esa mezcla de admiración y de terror que presentan los relatos de los primeros navegantes que se aventuraban sobre los mares índicos. Hasta el fin de la Edad Media nos hablan los geógrafos de las Laquedivas, la cortina de islas avanzadas que defienden en alta mar la gran Ceylán, como de unas tierras que viven á la manera de las plantas y recorren todos los estadios de la vida orgánica: nacimiento, crecimiento, vejez y descomposición. «Cuando los habitantes se dan cuenta de la inseguridad del suelo que les sostiene, eligen una isla joven que vaya creciendo para trasladar á ella sus cocoteros, sus cultivos y sus utensilios para establecer en ella sus viviendas»¹. Las *Mil y una Noches* reproducen las fábulas y las impresiones de los navegantes bajo una forma relativamente muy moderna, pero las narraciones primitivas repetidas de boca en boca, datan ciertamente de muchos miles de años, y quizá, con los proverbios y los cuentos, fueron la obra literaria más antigua del mundo, muy anterior á los Vedas y á las Biblias.

Un conjunto tan extenso de comarcas como la India meridional con sus dependencias insulares, hubo de recibir, durante el curso de las edades, poblaciones muy diferentes unas de otras: la naturaleza del suelo, su relieve y su clima así lo exigían. Considerando la reunión del vasto triángulo de mesetas y montañas, limitado al Norte por las llanuras sindo-gangéticas, se observa que se compone de dos vertientes opuestas, una pendiente rápida, hasta brusca en ciertos puntos, que domina el mar de Arabia, y una contra-pendiente de lento declive, casi insensible, que desciende al golfo de Bengala. La distribución de los pueblos en el gran territorio se hizo naturalmente en conformidad con esta disposición geográfica. Las tribus aborí-

¹ Albirouny; Jos. T. Reinaud, *Relations des Voyages des Arabes*, t. I, Paris, 1845.

genes se conservaron en islotes en los macizos escarpados de montañas que dominan la meseta ó en las profundidades de los bosques, donde les era más fácil resistir las invasiones; las naciones cultas que disponían de medios considerables para la extensión de su poder, se establecieron sobre las partes regularmente inclinadas de la meseta, en tanto que los puertos de la costa occidental y la estrecha faja

N.º 231. Territorio indico, según Claudio Ptolomeo.



Anurogrammun es actualmente Anaradhapura, Cabura es Kabul, Patala se piensa que es Haiderabad, las ruinas de Taxila todavía son visibles.

á que dan acceso, recibieron los extranjeros de toda procedencia conducidos desde lejanos países por el soplo de los monzones.

En la época en que comienza la historia para las comarcas de la India meridional y de Ceylán, las tribus indígenas que tenían un carácter distinto eran seguramente más numerosas que en nuestros días, después de tres mil años de evolución que contribuyeron al trabajo de asimilación y de unidad. Es, pues, probable que, á pesar de las repulsiones y apartamientos producidos por las colonizaciones y las conquistas, las tribus todavía rebeldes á las costumbres de sus vecinas, las grandes naciones de la India, ocupen las mismas

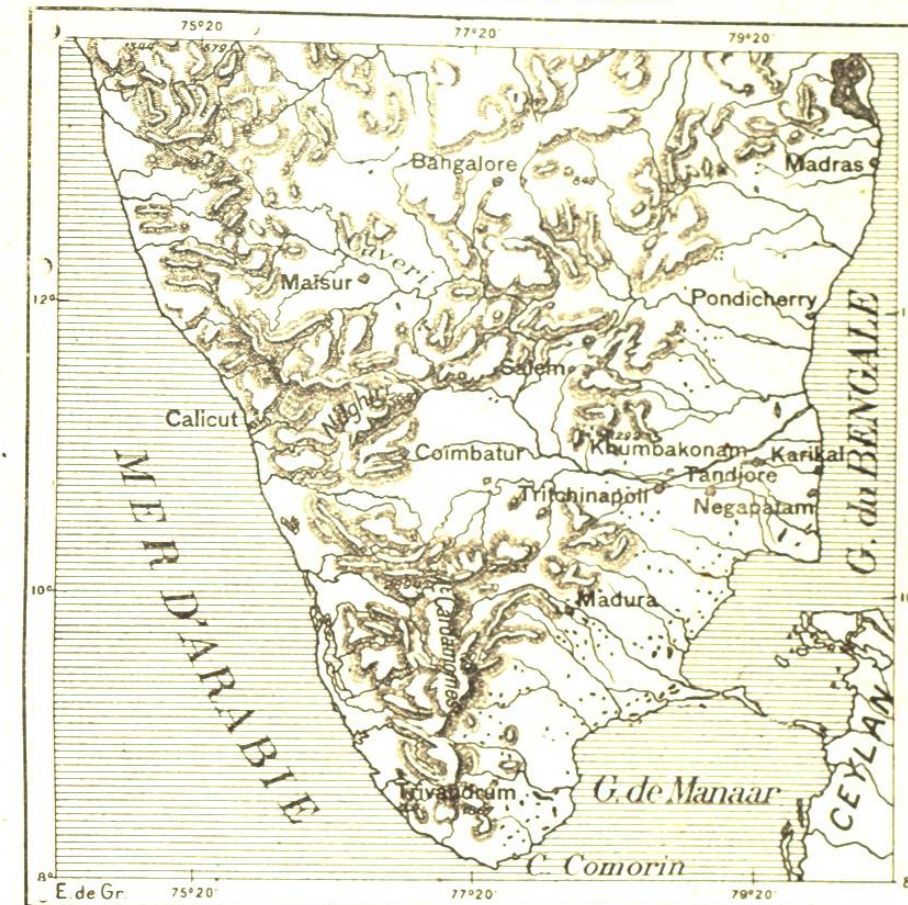
regiones que sus antepasados: el territorio se ha estrechado, pero las condiciones del medio, que ahora les permiten defenderse, protegían tanto mejor esas tribus cuanto mayor era su fuerza numérica. Las tradiciones locales atestiguan la antigua extensión de pueblos, antes poderosos, y reducidos en el día al estado de *pariah* ó de fugitivos. Pero la sangre de esas poblaciones, cuyo nombre resuena cada vez más débilmente y cuya importancia histórica fué muy mínima, no deja de correr por las venas de los Hindos actuales, designados por denominaciones diferentes.

La mayor parte de las tribus de la India central y meridional, comprendidas en nuestros días por los Ingleses bajo el nombre colectivo de *Hillmen* «gentes de los montes», parecen pertenecer á una antigua raza rechazada á las alturas por las grandes naciones conquistadoras de los Dravidianos y de los Arios. Una de esas tribus, los Kohls del Orissa, ha sido escogida como tipo de todos los congéneres, que se designa bajo el nombre de Kohlarianos. Hablan lenguas aglutinantes, sin otra relación con los idiomas de las razas dominantes que el uso de palabras que se han introducido para nuevas necesidades, y los etnólogos que penetran entre ellos encuentran allí todavía notables ejemplos de los tiempos primitivos.

En primer lugar el aspecto de las poblaciones. En muchos puntos el sendero tortuoso no conduce directamente á los grupos de viviendas. Vigilado por torrecillas de acecho, por andamiajes donde existen centinelas, se dobla y se curva de modo extraño, á fin de que el enemigo, si se presenta, se halle expuesto á las flechas y á las javalinas de los indígenas: de ese mismo modo todavía el genio militar de la actualidad hace describir las curvas más extravagantes á los caminos y vías férreas que atraviesan ó circundan las plazas fuertes. Por lo demás, para esos desgraciados primitivos, amenazados por un peligro incesante, el mayor cuidado, el de todos los instantes, es el de la defensa; pero cuando el extranjero sin mala intención ha franqueado los obstáculos de troncos de árboles, de malezas espinosas y las trampas que guardan la entrada de una villa, es acogido como un hermano en la «larga casa» que sombrea el (*Ficus Indica*), el (*Shorea robusta*), ó cualquier otro árbol sagrado.

Entre esas tribus que tan penosamente conservan su existencia distinta en medio de las naciones dominantes de la India, las hay, como los Djangalis ó «Silvestres» de los ríos altos, los Brahmanis

N.º 232. Contraste de las dos vertientes.



Madras es actualmente una ciudad de cerca de 500 000 habitantes, las aglomeraciones de Bangalore y de Pondicherry cuentan cada una cerca de 150 000, las otras ciudades indicadas tienen una población que excede de 50 000 ó les falta poco para llegar á ese número.

y los Baitaranis, que todavía no se han elevado en la industria hasta la fabricación de cacharros ni de telas, ni tampoco conocen el uso del hierro¹. Las viejas religiones animistas y chthonicas domi-

¹ Dalton, *Ethnology of Bengal*.